

La Loli 2

– Es muy amable por tu parte el haberlo pensado; pero, no.

– Pues muchas gracias.

– De todas formas, para la falta que hace una en ninguna parte...

– De cualquier modo — se acarició el pendiente, cavilosa, como dubitativa no sabiendo si... — no está de más que te tomes tu tiempo.

– ¿Hay que ponerse mordaz?

– No; no es eso.

Porque se llevaban muy mal y se culpaban — decir “mutuamente” o “respectivamente” sería mucho afinar; pero que se llevaban fatal sí que era fijo, y con afirmarlo solía bastar — en silencio de comerse a escondidas los bombones y las frutitas glaseadas que

solían estar, mientras duraban, junto a unos guantes y un abanico que apenas se usaban salvo para ocasiones muy especiales y lo que solía denominarse “plena temporada”; pero la temporada no estaba siendo aquella tarde plena ni para lo uno ni para lo otro: para los guantes porque eran de esos largos de hasta por arriba del codo, en seda roja concretamente de los que suelen llevarse con muchas sortijas de brillantones por encima y mucho escote y, además, aunque hubiesen sido de tafilete o de cabritilla normal, apuntaba ya desde el amanecer el característico tiempo hermoso propio de la época; para el abanico tampoco porque, aunque las tardes empezaban a ser largas, la temperatura daba gusto pero no tanto como para necesitar darse aire.

Había que inferir — si se tiraba por lo grande, que en plan sencillo se admitía bastante bien “entender” o “comprender” o, en plan de medio lujo aunque sin demasiadas pretensiones, “deducir” — por tanto o así las cosas que si no era ni verano ni invierno nada más que podía estar siendo primavera y que, en consecuencia, ni el abanico ni los guantes eran los objetos de las miradas furtivas al cajón de arriba del secreter de junto a la vent...

– ¿Qué es, entonces?



La Loli 2